

**A**L argentino se lo suele conocer, en otras tierras, por "debilidades" legendarias: el tango, el mate, el asado. Curiosamente, este cuadro clínico —si bien ancla en el pintoresquismo— nada tiene de falso. Más bien constituye una trilogía con fundamento: el mate es el puente entre el gaucho (inventor del asado) y el compadre (autor del tango). Pero no es todo: el mate tiene un origen indígena que reconcilia —a lo largo de su historia— al español con el criollo; al campesino con el orillero de la urbe; al inmigrante con el hijo de argentinos que reivindican unas cuantas generaciones de arraigo en el país.

Con razón pudo apuntar, en su *Diario de viaje Río Grande-Porto Alegre*, el escritor Juan María Gutiérrez; "Pasamos la noche en un lugar de nuestra izquierda llamado "Las Charqueadoras", a nueve leguas de Porto Alegre. Mañana húmeda y fría. Almorzamos en una playa arenosa, tras la cual hay un bosque sobre una lomada que termina en vallecito. Tomamos mate sin salir del toldo. A este propósito, le decía a Gómez:

—¿Qué descripción haría de nosotros un europeo culto que no conociese ni entendiese lo que hablamos? Aquellos salvajes, diría, sin cambiar siquiera de posición, empezaron con la primera luz a chupar mate. Describiría este utensilio y el negrillo que nos lo servía, etc.: un cuadro de civilización primitiva.

Entre tanto, los salvajes conversaban de sistemas filosóficos

ta, la yerba —el producto de las hojas del árbol homónimo— flotaba en el agua caliente sin hervir. Esta agua, a su vez, había conocido el calor del fogón dentro de la caldera o pava que, en tales ocasiones, "arrulla cantarina". Finalmente, los hombres chupaban la infusión a través de la bombilla, una cánula de metal con un filtro en su extremo que deja ascender el líquido verde y cordial.

Fueron los indios guaraníes, tribu que poblaba el noreste del país, los primeros en tener afición por el mate. Una rápida excursión por su vocabulario nos muestra que el mate o calabacita —que la tradición designó después con el nombre de galleta— se denominaba, en su lengua, "caiguá"; la bombilla, primero de caña y luego de metal, "tacuapi" y la pava o caldera, "itacugú".

En el curso de su historia, el mate ha registrado modificaciones en cuanto al diseño y material de sus utensilios y, en algunas regiones, la pava ha sido sustituida recientemente por el ciudadano término. Pero, en lo que se refiere a sus ritos, ha mantenido una rara lealtad a su preceptiva fundadora: el apronte del mate, con su modo de echar la cebadura y poner la bombilla; el acto de dar vuelta la yerba y no cambiar el mate de mano; el estilo resero y el mate estrella han persistido como costumbres inalterables, bien que con sus variantes comarcanas.

Para echar la cebadura, es decir, la proporción de yerbas que se coloca en el mate hay que tener —sobre todo— buen ojo. Pero, a la vez, se debe conocer si la yerba es más o menos "crecedora" y tomar la precaución de que las partes gruesas de la misma queden en el fondo de la galleta, de manera que no se obstruya el paso del líquido a través del filtro de la bombilla. Si tal ocurre, tenemos un mate "tapado" o "apretado". En los dos casos, esto demuestra la incompetencia del cebador y hasta puede significar ofensivo para el invitado.

Poner la bombilla es todo un arte. Alfredo Ebelot, en un pasaje de su obra "La Pampa", habla del paisano que "introduce... la bombilla de plata, procurando con prudentes artificios para que los agujeritos que la terminan estén en contacto con los fragmentos de yerba más gruesos. De lo contrario, la yerba pulverizada tapanía el tubo. Echa el agua caliente con precaución, con gravedad. No es dado a todos echarla como se debe. En fin, con la misma imperturbable seriedad, se toma la primera infusión. La yerba contiene unos principios amargos que son los primeros en disolverse. Sería grave imprudencia ofrecer el mate antes de sacárselos".

Asimismo, hay una regla para los "iniciados" en el culto: no mover la bombilla. Este acto es prerrogativa única del cebador.

Dar vuelta la yerba es cambiar de lado la bombilla, después de algunos mates, para aprovechar el otro lado de la cebadura que "está nueva". De este modo, el mate no "se lava" ni suelta su "lágrima", expresión que indica que la infusión ha perdido fuerza y su clásico

copete espumoso, condenando al pobre invitado a chupar sólo agua caliente.

Hay un orden en la coreografía del mate que debe ser respetado: éste no tiene que cambiar de mano, lo que significa que hasta el fin de la mateada se mantiene en funciones el mismo cebador. El estilo resero (o tropero o carrero) constituye una excepción a esta modalidad: en su ejecución, una vez formado el círculo, uno de los presentes comienza el mate pasándose a su vecino. Este lo toma y, en turno, hace lo mismo que el primero; es decir, ceba un nuevo mate y se lo ofrece al que está a su lado, y así sucesivamente, por lo que se presume una pericia pareja de parte de cada uno de los officiantes. No ocurre lo mismo con el "mate estrella": aquí es el cebador que inicia tomando su primer mate; ceba el siguiente y se lo pasa al primero de la rueda. Cuando éste se lo devuelve ceba un mate para él y le obsequia el siguiente al segundo de la rueda. La operación se repite y es lo mismo que participan en ella dos, cinco, diez o más personas: "el mate no circula en redondo" —señalará Amaro Villanueva en "El Mate: Arte de Cebiar"— sino que "sale una vez hacia el círculo y vuelve hacia el centro, repetidamente, como los picos de una estrella".

Todo ritual es un lenguaje cruzado de significaciones, con sus claves secretas y sus sueños materiales. Una lectura avanza del rito nos permite avanzar más allá de interpretaciones simplistas —el mate como estimulante o medicina, que algo de eso también hay— y abordar a sus héroes reales y míticos; tanto en la experiencia anímica como en sus ceremonias.

#### MATE Y METAFISICA

La pampa tiene el ombú, cierto. Pero la vista puede alargarse sin ser impedida, sin padecer la resistencia del obstáculo. En la pampa, la mirada parece destinarse al infinito, a un recorrido que sólo se aquieta en el secreto del horizonte. Es natural que el hombre que así mira se acostumbre a la lejanía. Pero no es una mirada al vacío. Al contrario, los ojos están atentos, prudentes, presentidorés. El gaucho vive un universo de presagios, siempre disimulados por su espíritu reservado, por su silencio terco.

Hay, en este campeador de la vida agreste, creciente comprensión de la ausencia, en sus andanzas por la llanura, abrumado por esos crepúsculos fuertes: sólo el ladrido de perros distantes rompen la ilusión del silencio fatal.

Lo ausente tiene su contrapartida histórica: Martín Fierro lo dijo con todas las letras. El gaucho era dueño de un hogar y lo ha perdido. Mejor dicho, se lo destruyeron. Bajo la barriga de su caballo, colgada de la cincha, la caldera para matear en cualquier parte lo acompañó en su tránsito y pasión por las estancias. Trabajador de siete officios, sin arraigo, sólo pudo afincarse en el paisaje mudable, desmayado e infinito. No había tierra que pudiera pertenecerle, aunque sabía que la tierra no es de nadie. Sacó de su situación

# el mate, amargo premio del gaucho

por Víctor J. Flury



y pasaban en revista las dotes y defectos de los escritores contemporáneos más célebres de Europa".

Por ese entonces —estamos en el siglo XIX— Gutiérrez y sus amigos se habían pasado de mano en mano el vaso o recipiente que una voz quechua designara con el nombre de mate y que, en rigor, proviene de la calabaza. Dentro de la calabaci-

atrás →

una especie de fuerza indómita, una rara mezcla de autonomía y soledad.

Así tuvo, en medio de la tristeza plana, sus "fiestas": la "yerra", por ejemplo, esa movida ceremonial en que se impone —con un hierro candente— la mateca al ganado y que constituía un espectáculo único por la demostración de habilidades y recursos que hacían el orgullo del paisanaje, protagonista indiscutido de la función. O la reunión de la cocina, previa a la cena, en que el mate circulaba alrededor del fogón y era entretenido ver ondular las llamas, al paso que las ocurrencias y juegos de palabra daban su grato color a las conversaciones. El canto se acoplaba naturalmente a esos encuentros:

"Yo no soy cantor ladino  
Y mi habilidad es muy poca;  
Mas cuando cantar me toca  
Me defiende en el combate,  
Porque soy como los mates:  
Sirvo si me abren la boca".

Pero el llamado "Progreso indefinido", ese positivismo de las

sorbos —la duración de un mate "normal"— acude en los momentos perdidos para "matar el tiempo". En rueda, el mate es hablador, pícaro, consejero. Pero, en el fondo, sólo convoca una amistad de lejanías. Como las miradas, nostálgicas de espacio abierto.

Cuando llega un extraño, en seguida deja de serlo. El mate es la vía más rápida de acercamiento. Rubén Darío, en su "Canto a la Argentina", dejó estampada su impresión al respecto:

"Al forastero, el pampeano ofreció la tierra feraz;  
el gaucho de broncínea faz encendió su fogón de hermano,  
y fue el mate de mano en mano como el calumet de la paz".

El mate puede ser dulce o amargo, pero cuando el gaucho está solo elige como compañero el mate amargo o cimarrón. Se le suele llamar "mate de hombre" porque tiene la virtud de incitar a la meditación, a las autoconfesiones más directas. Mientras gusta unos verdes, sin

El compadre mira y se mira. Ha cambiado su bombacha: "anda de bombilla", dirán sus mayores, aludiendo al utensilio materno, largo y tubular al que se parecen sus pantalones. Su sombrero se ha ladeado a un costado y se le denomina "funchi". Ya no usa botas ni siquiera alpargatas, sino un botín lustrado y con tacones. Su lenguaje es una mezcla de modismos que hoy se conoce con el nombre de "lunfardo". La milonga —que viene de la pampa— prelude el tango callejero. En su poesía, el mate sirve de tránsito a lo nuevo, con acentos antiguos:

"Cimarrón  
sos más amargo  
que el amor  
que viste ausencias..."

Campo y ciudad están cerca geográficamente: "ahí nomás"; pero separados por la brujería del tiempo y del absurdo. En el mundo que hay que vivir, extraño, desconfiado, receloso, el tango se convierte en ese singular "libro de quejas del suburbio". Proletarios, jornaleros,

su "entripao" (algo así como resentimiento y desazón, simultáneamente).

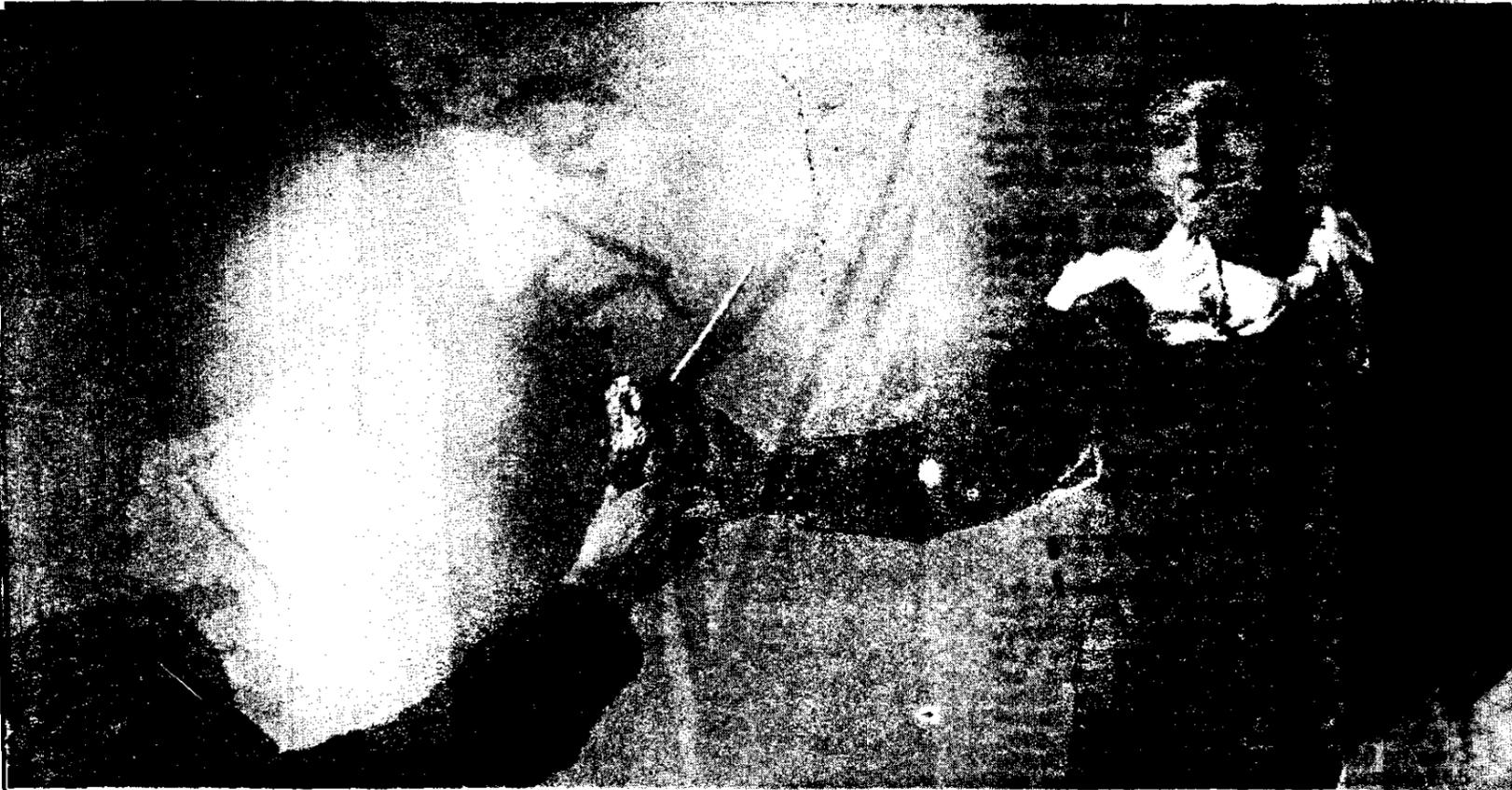
En alguna ocasión, el mate se asocia a gestas victoriosas. Es el caso del tango... Madame Yvonne:

"Ya nada le queda  
de aquel argentino  
que entre tango y mate  
la alzó de París".

Pero lo más común es que el mate esté ligado a un pensamiento y que este pensamiento vaya rumiando la locura e inconstancia de la suerte. La identificación entre el mate y el acto de pensar llega hasta tal punto que ha engendrado un giro en el léxico ciudadano: se le llama mate a la cabeza. Tanto a su continente como a su contenido, pero más a éste, como lo testimonia esta letra de tango:

"Hoy tenés el mate lleno  
de infelices ilusiones".

De una o de otra forma, las aventuras del mate han sido el tornasol en que han podido mi-



entes mandantes, quiso que se atambraran los campos. La civilización se apoderó del espacio, lo dividió y le puso nombres y apellidos definitivos. Los títulos de propiedad le confirmaron al gaucho que era un paria en la pampa; y las jurisdicciones territoriales bien delimitadas apagaron su nomadismo. Don Segundo Sombra tiene que "aque-renciarse" en una estancia de Areco y, si sale a los caminos en su oficio de resero, es para volver al punto de origen. Le respetan su duche, su veterania, su pasta filosofante. Pero lo que en sus padres fue hazaña, riesgo y muerte, en él ya es memoria tranquila.

El final del gaucho no es trágico. Su desaparición es pasiva, pausada. El mate se va, a la amistad en esas jornadas inmóviles, fijas como la ciudad. Y el mate se toma despacio, hacia los trabajos de madrugada, a la mañana a los hombres en el silencio del día y sabedores, magia de los tres

apuro, las preocupaciones, penas y sentires que se han ido acumulando en el alma empiezan a salir a luz, sueltas, dispersas, con un ritmo paciente y grave. A este fenómeno se le ha puesto un nombre: "despararramar la yerba".

#### DE LA CABEZA DE VACA A LA MISHIADURA PORTEÑA

Forzado a un áspero e injusto exilio, el gaucho se acerca a la ciudad. A sus orillas. Con el tiempo, será el padre de un sujeto híbrido, lleno de nobleza y callada crispación: el compadre. El mate amargo se comparte con el pan de gringo en hacinados conventillos. Buenos Aires es una Babel de razas, nacionalidades, religiones, idiomas. Los censos de fines de siglo revelan que —en la capital argentina— más de la mitad de la población es extranjera, como resultado visible de la oleada inmigratoria.

peones, prostitutas y matones hacen del mate un compañero ubicuo. Ya no está el fogón para la rueda ni la cabeza de vaca para sentarse. Es el tiempo del caos y la miseria, a la que el lunfardo llamará "mishiadura". Mal que padece el atribulado personaje de "Yira, Yira", el tango de Enrique Santos Discépolo:

"Cuando no tengas ni fe  
ni yerba de ayer  
secándose al sol".

Y la yerba es barata, situación expresiva del estado económico en que se halla no sólo el protagonista del tango sino el hombre del pueblo. Estamos aquí en plena "década infame", en los años treinta. El solitario de la urbe tiene, en su desilusión, un amigo con quien mascar su oprobio: el mate. Hay, para su rencor, una sombra siempre amistosa, solidaria, un doble oculto. A ese doble, entre sorbo y sorbo, le puede confiar

arse las diferentes generaciones crecidas al amparo de una latitud nacional, desde la era precolombina hasta los días actuales. Tornasol y no retrato porque, una vez "colgado el mate" (es decir, cuando se interrumpe su cebadura), guarda un "secreto", al decir de los conocedores. Este secreto va más allá de la experiencia folclórica.

Y si bien la aceleración del mundo moderno conspira contra la costumbre de los mateadores —que tienen una noción del tiempo distinta que las sociedades rápidas—, todos necesitamos ese desdoblaje de nosotros mismos y nuestro íntimo, que se fuga cuando puede. Todos necesitamos, también, que al saludarnos nos hagan un pequeño homenaje: que no nos den el primer mate que es el mate del sonso. ¡Y qué lindo sí, antes de la despedida, el amigo nos ofrece el mate del estribo, el último que saboreamos antes de montar los caballos mecánicos que inventó la civilización!